

No me hago llamar George Borges de forma gratuita. Desde que conocí a ese hombre menudo, débil, sutil y cínico, ciego y asustadizo (tenía especial pánico a las mujeres) me resultó un misterio gigantesco. Borges era de una familia pudiente y dedicó toda su energía juvenil al estudio y la lectura. Su madre lo llamaba Georgie. Conociendo la inevitable ceguera progresiva hereditaria, que vendría para quedarse, optó por ese refugio tan frágil, tan efímero. Con la sola ayuda de un diccionario aprendió por sí mismo el [alemán](#) durante su obligatoria estancia en Ginebra. Siempre sacaba provecho de todo, incluso del aislamiento que producía una guerra mundial.

Más tarde, cuando trabajaba en un empleo de bibliotecario muy por debajo de sus posibilidades, aprovechaba los ratos libres en un lúgubre sótano para escribir y ampliar lecturas. Ya entonces figuraba en las enciclopedias pero nadie en su departamento lo podía imaginar. Un accidente casi lo mata por septicemia. Los delirios fueron aprovechados y oníricamente, lo reflejará en su conocido cuento [El sur](#). En la convalecencia escribió el cuento [Pierre Menard, autor del Quijote](#).

Al vencer Perón, Borges tuvo que renunciar a la función pública al ser trasladado por el gobierno, con muy mala leche, a la 'Inspección de mercados de aves de corral'. Comenzó a ganarse los cuartos como conferenciante itinerante, venciendo su tartamudez y timidez patológica con ayuda médica. Este hombre débil, sin vida propia, siempre encontró un sentido a su vida. Sabía que no tenía experiencias vitales que narrar. No importó. Construyó un universo fantástico en el que no había sitio más que para la ensoñación. Un escritor describe un edificio y toda la población que allí reside. Borges gestaba, bastón en mano, un planeta inventado, una enciclopedia imposible y un dilema universal bajo el hueco de una escalera.

De su mano me interesé por miles de cosas y personas, como el naturalismo y [Walt Whitman](#), [Rimbaud y la absenta](#), descubrí a Henry David Thoreau y la desobediencia civil (precursor de ciertos postulados de MC), Thomas De Quincey y su concepción *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, el pesimismo profundo y [Schopenhauer](#), a Franz Kafka, [Nietzsche](#), [Carlyle](#) o [Chesterton](#). Le debo mi primer conocimiento del budismo o Ernesto Sábató, de la eternidad del conocimiento, los ciclos de las civilizaciones de Oswald Spengler, el padre Castellani, [Rafael Cansinos-Assens](#), el comunismo y Tolstói, [Ramón Gómez de la Serna](#) o Baruch Spinoza.

Este último, un “marrano” holandés de origen sefardí, se emparentaba con él en lo esencial. Difierían en mucho pero yo me empeñaba en encontrar en solo ver un punto común. Expulsado de la comunidad judía, [excomulgado](#) y desterrado de la ciudad. Para subsistir, dedicó sus esfuerzos puliendo lentes para instrumentos ópticos. Se le ofreció la cátedra de Filosofía en [Heidelberg](#), pero Spinoza no la aceptó, pues aunque se le garantizaba “*libertad de filosofar*”, se le exigía “*no perturbar la religión públicamente establecida*”. Murió con 44 años.

Su vida, como la del ciego, mantenía ese misterioso epicentro ante la adversidad y lo inesperado. Borges por las más prosaicas razones mencionadas, y el otro, excluido como apóstata de su comunidad religiosa, quedaron desvinculados de las ataduras que los ligaban al mundo en que se habían hecho hombres. Exiliados y abandonados a sí mismos tuvieron que edificar un nuevo mundo interior. Una ilusión que los mantuviera vivos. Ambos supieron encontrar una especial habilidad que hoy resulta propia de una alquimia revolucionaria: supieron otorgar a su vida un SENTIDO.

Borges, un hombre al que yo considero ateo, siempre se admiró de la discreción monolítica con que el judío casi erigía en sus textos una particular imagen de Dios (a Spinoza lo acusaban en su tiempo de ateo panteísta) y elogiaba así el esfuerzo: “Esa otra imagen no es menos inmortal que la de Dios. Es la imagen que ha dejado en cada uno de nosotros. La imagen de su propia vida. Recuerdo la expresión latina *vida umbratiles* (‘vida en la sombra’). Es lo que buscó Spinoza y lo que no ha logrado ciertamente, ya que ahora, tantos siglos después, estamos aquí, en el extremo de un continente que él casi ignoró; estamos aquí, pensando en él, yo tratando de hablar de él, y todos

extrañándolo. Y, curiosamente, queriéndolo". Yo podría decir lo mismo de Borges.

Spinoza afirmaba que todo ser humano posee un conatus, una tendencia a persistir en su ser. Ese milagro genético que hace aferrarse a la vida al moribundo, era considerado por Spinoza como reflejo de lo superior, extensible a la potencia de la naturaleza, a la manifestación de lo Absoluto en todo. La imaginación de Borges, el movimiento del sol, la certeza de Nietzsche, la curiosidad del niño, la energía de un joven potro o la tenacidad de MC son manifestaciones de otros desbordamientos de la naturaleza.

Borges y Spinoza y todos nosotros desarrollamos la potencia de forma diversa. Casi siempre se hace sin sentido. La tendencia a persistir se confunde muchas veces con la voluntad de poder. En la voluntad de poder (psicológica) interviene el ego, la personalidad que interviene en el mundo. La voluntad de potencia es la esencia y constituye la vida que "nos vive", la actividad que nos conduce. Muchos creadores cuentan que su obra les ha sido "dada" y que viven en el ámbito de esa potencia. Unos lo llaman naturaleza, otros creatividad, otros lo absoluto.

Tomo estos dos personajes (como podrían ser Simone Weil, Edith Stein, Fernando Pessoa, Stefan Zweig y muchos mas) como ejemplo del tema que en verdad me ocupa ¿Por qué algunos seres dotan fácilmente de **sentido** a su vida bajo cualquier circunstancia y otros precisamos de permanentes zambullidas en el consumo, el partido del miércoles, el culto al cuerpo, la comida, el sexo, o cualquier otra compulsión, para sobrellevar los días?

Nietzsche (otro gigante con una existencia preñada de sentido y dolor) distinguía entre dos formas de habitar el hombre en el mundo: el sensible y el supra-sensible. Según Gurdjieff, vivimos nuestra personalidad (lo que viene de fuera, lo que no es mío) en el ámbito de lo sensible, en el espacio del intercambio cotidiano. La reforma que propone Gurdjieff exige vivir en la esencia, en lo supra-sensible, aniquilando la tendencia a confundirse con el personaje que la existencia ha creado de y con nosotros.

Cuando Nietzsche decía que Dios había muerto se refería a la defunción, ya en el siglo XIX, del mundo de lo supra-sensible, del reino de las esencias. Su idealización de la voluntad de poder solo pretendía un nihilismo destructor que diese lugar a un **nuevo hombre**. Ahora vivimos plenamente en el nihilismo pero jamás será purificador. En boca de Zaratustra: "El desierto está creciendo".

El concepto de Dios que ha existido en todas las civilizaciones (me atrevo a decir en oriente y occidente) ha sido históricamente el de una abstracción sedante, un método de vida o de salvación. Es decir, una mera objetivación, un otro. Perdida la autoridad de lo sagrado, la razón, el idealismo o la utopía social ocupó su sitio. Ese *otro* devino imposible y el nihilismo incompleto, ese que hace imposible cualquier metafísica, nos devora con fauces que constituyen meros residuos de todos los habitantes previos: ecologismo infantil, consumismo desaforado, voracidad financiera, publicidad agresiva cuasi propagandística, populismo rancio, caudillismo ranchero, etc.

Vivimos en una era preñada de ruido. Se trata del tiempo del exceso de información, de la publicidad como dictadura del término medio, de los fríos datos detallados, del esfuerzo calculado, de la rigidez de la razón, del uso de la herramienta del pensamiento en su peor versión posibilista, de la inversión oportunista mas cobarde. Conforme a la predicción de Heidegger sobre la "tecnificación del mundo", el mero ente y el SER son igualados, y la obra del tecnócrata (simple instrumento de producción, promoción, distribución y consumo) provoca el "olvido del SER". Se trata de un pensamiento acumulador, cuando el SER habita en el vacío. La nivelación de todo en un magma impersonal, eludiendo la serenidad solitaria, la inviable diferenciación del individuo perdido en la sórdida objetivación cotidiana, impide lo característico que nos vincula al SER.

Hoy resulta mas fácil que nunca en el mundo civilizado acceder a todos los medios técnicos, a cualquier conocimiento, a toda la historiografía sobre los fracasos de las civilizaciones pasadas, y todos los registros sobre la genealogías de los valores e ideas que el mundo ha gestado y destruido, pero vivimos una era de ausencias esenciales. Nunca pensó *Gutenberg* que todos los frutos de su logro milenario (la única invención para el hombre de letras en siglos, junto al bolígrafo) iban a terminar sus días en un pen-drive de unas pocas gigas. Y todo para nada. Son datos.

Hoy es impensable la poesía, el juego por el juego. Poetas pensadores como Holderling, Heráclito, Lao Tzu o Leopardi vivirían sus imposibles obras completas acompañados de Panero, en el mismo pabellón psiquiátrico, vestidos de Nike. Sin el juego, la aproximación al objeto solo puede ser provechosa. No se da “el conocer”, solo el pensar. El conocimiento por identidad, en el que desaparece la dualidad sujeto-objeto, y que se sostiene en una intuición unitaria muy similar a la que se produce en el amor no es posible en nuestra sociedad de plazos inexcusables. Ya en Hiperión (s. XVIII), Holderling revela esa perversa aproximación reflexiva del hombre a la naturaleza.

Hoy en día, incluso entre aquellos que se consideran iniciados, espíritus libres, ajenos al mercado y a la propaganda del sistema, el propio acceso al conocimiento se ha convertido en algo puramente psicológico, un mecanismo de compensación que también se ejercita en el terreno de la caridad, la humildad, la piedad social o la compulsiva aniquilación del yo. Toda esta nueva visión “alternativa” resulta una simple variedad de avidez por el consumo, que se puede extender al amor (donjuanismo), a la búsqueda espiritual tras la frustración, a la obsesión por una superficial diferenciación, el triste deseo de maquillar un fracaso o una espontanea ansia de súbita notoriedad. La subversión de valores del nihilismo constructor es imposible: no hay valores que puedan sustituir a otros. Es el vacío pleno de caspa boba.

¿Por qué Spinoza asumía sin temor la expulsión de su comunidad y Nietzsche de la universidad? ¿Por qué Borges persistía en la literatura conociendo su ceguera irreversible? ¿Que hizo a Holderling o Miguel Hernandez seguir escribiendo poesía conociendo su demencial destino? Seguramente todos ellos, como tantos otros gigantes, célebres o perdidos por cunetas, se perdían en la pura actividad, en el impecable SER. Algunos lo llaman vivir en el juego. Es el vivir sin porqué, la acción sin calculo interesado. Nissargadatta, en su estilo grosero y directo (era un hombre que impartía sus clases tras salir de trabajar y conociendo que se moría de cancer a gran velocidad), reprochaba la ausencia de esa actitud en sus oyentes: “Usted es propenso al conocimiento, yo no. No tengo ese sentido de inseguridad que lo hace a usted ansiar el conocer. Yo soy curioso como un niño es curioso. Pero no hay ansiedad que me haga buscar refugio en el conocimiento”.

Mihaly Csikszentmihalyi en su [libro *Fluir \(Flow\)*](#) habla del estado de semi-trance que se produce en muchos grandes talentos al enfocar su voluntad plenamente en el desempeño de su habilidad (un tenista, un conductor, un violinista, etc), y habla del fluir del instante. En su estudio del concepto de **flow o flujo**, descubre como la persona se encuentra completamente absorta en una actividad, llevando su virtuosismo hasta el extremo. Yo creo que en ese desempeño especifico el yo desaparece en la actividad concreta pero al regresar a la vida ordinaria no queda resquicio alguno de esa estado alterado de conciencia casi nunca. Salvo que esa actividad inunde la integridad del individuo porque dote a su vida de SENTIDO. Ramana Maharshi encuentra ese mismo concepto en la simple “no-acción”. Para él, no importa que exista o no esfuerzo personal. Lo que resulta innecesario es “el sentimiento de ser el agente de tal esfuerzo”

Angelo Silesio decía que “la rosa es sin porqué, florece porque florece, no se presta atención a si misma, no pregunta si la ven”. Es la actitud del niño (antes de conocer la propiedad, añado yo), que simplemente **juega** como decía Heidegger parafraseando a Heráclito. El hacedor se desprende de la técnica y de su calculo asegurador y “arts happens” (el arte sucede). Monica Cavallé (cuyo formidable estudio La sabiduría de la no-dualidad tanto me ha ayudado para este texto) añade, en

refrendo de esta teoría, que el técnico encuentra alivio cuando acaba su labor, y el creador siente una intensa melancolía.

Mi aportación es simple. El hombre común percibe su vida en conflicto con lo que simplemente es. Reside en el devenir o, mas precisamente, en lo que quiere ser. Y no soporta la distancia que existe entre ambos lugares. Su mente anticipa en cada segundo del presente aquello que desea y, en esa bilocalidad, desgarras su ser. El dolor se hace insoportable cuando, además, ese esfuerzo necesario para lograr el sueño se dosifica de forma inmoral, por medio de la explotación, la impureza del propósito (¿que haré con lo que gano si todo va bien?), la ausencia de amor al simple proceso de construcción del proyecto, la inexistencia de voluntad de mejorar al trabajador, la cosificación del empeño laboral, la información viciada.

Maestro Eckhart repetía su credo no-dual citando el Salmo 81,6: "He dicho que sois dioses". Afortunadamente, ya descansa en el Ser.

- "Lo que ha quedado del nombre de Spinoza no son sus demostraciones, que creo que no convencer a nadie, su método geométrico: todo eso ha desaparecido. Lo único que hay son esas dos imágenes, la del hombre Spinoza, que nació y murió en Holanda, que rehusó favores que le ofrecían los grandes, que quiso vivir en humildad; y luego, la idea de un Dios infinito".
- "Poco a poco fui comprendiendo la extraña ironía de los hechos. Yo siempre me había imaginado el Paraíso bajo la especie de una biblioteca. Ahí estaba yo. Era, de algún modo, el centro de novecientos mil volúmenes en diversos idiomas. Comprobé que apenas podía descifrar las carátulas y los lomos. Entonces escribí el «Poema de los dones»:

Nadie rebaje a lágrima o reproche
esta declaración de la maestría
de Dios, que con magnífica ironía
me dio a la vez los libros y la noche.

Ambas citas de Jorge Luis Borges.